

# En memoria de José María Mesa Jaramillo<sup>1</sup>

---

*Por Orlando Montoya Moreno<sup>2</sup>*

**Resumen:** síntesis biográfica de uno de los más reconocidos humanistas y hombres de letras del primer tercio del siglo XX en Antioquia. Miembro fundador de la Academia Antioqueña de Historia, fue su secretario perpetuo hasta la muerte. Este hijo de Envigado fue reconocido, además, por su cuidada y pulida producción bibliográfica.

**Palabras clave:** José María Mesa Jaramillo, historiador, humanista, Academia Antioqueña de Historia

**Abstract:** biographical synthesis of one of the most recognized humanists and men of letters of the first third of the 20th century in Antioquia. Founding member of the Antioquia Academy of History, he was his perpetual secretary until his death. This son of Envigado was recognized, in addition, for his careful and polished bibliographical production.

**Keywords:** José María Mesa Jaramillo, historian, humanist, Academia Antioqueña de Historia

---

1 Discurso pronunciado el 6 de noviembre de 2018, en el Auditorio Manuel Uribe Ángel, de la Academia Antioqueña de Historia, en el primer centenario de su muerte.

2 Odontólogo y contador. Es catedrático y columnista en diversos medios. Miembro fundador del Centro de Historia de Yarumal, pertenece a varias instituciones, entre ellas la Academia Antioqueña de Historia en la que es miembro numerario y ocupa el sillón N° 1 desde marzo de 2002. Autor de varios libros, entre los que destaca: *Genealogía de los sillones de número de la Academia Antioqueña de Historia*.



**E**l pasado mes de julio se cumplieron cien años del fallecimiento de don José María Mesa Jaramillo, uno de los miembros fundadores de la Academia Antioqueña de Historia, su primer secretario y primer director del Repertorio Histórico, órgano de difusión de esta entidad, a su vez, una de las publicaciones periódicas más antiguas que perviven en nuestro medio.

Me ha encomendado el señor presidente de la Academia, don Orestes Zuluaga Salazar, la difícil y comprometedor tarea de presentar en esta conmemoración las palabras de estilo para honrar la memoria de tan ilustre intelectual. Ello implicará necesariamente -por la feliz coincidencia de cumplirse en el próximo mes de diciembre de este año 2018 el aniversario 115 de la fundación de Academia Antioqueña de Historia-, recordar los hechos vitales del homenajeado y remontarnos a retrotraer algunos aspectos del origen de esta importante institución, que nació para estudiar y difundir la historia-la memoria de los pueblos-, cuando no existía en nuestro medio una carrera profesional en el mundo universitario, pero sí se enseñaba la historia como una asignatura transversal en la formación elemental, media y superior como parte integral de la formación humanística.

Empiezo por decir que creada en 1902 la Academia Nacional de Historia y Antigüedades Colombianas, por expresa disposición del Dr. José Manuel Marroquín, vicepresidente de la República, procedió el Dr. José Joaquín Casas, ministro de Instrucción Pública, a promulgar la Resolución 115 de ese año, mediante la cual, se organizaba “una comisión de hombres doctos y diligentes”.

Para hacer parte de esa Academia Nacional fueron propuestos y aceptados, poco tiempo después, en marzo de 1903, como miembros correspondientes por el departamento de Antioquia, don Manuel Uribe Ángel, don Ramón Correa y don Álvaro Restrepo Euse, nombramientos que contaron con la aquiescencia del ministro de Educación.

Los tres personajes aceptaron tan honrosa designación y así lo comunicaron por escrito. Para entonces, en la Academia Nacional de Historia y Antigüedades tenían ya asiento -como miembros de número-, dos antioqueños ilustres: don Tulio Ospina Vásquez y don Laureano García Ortiz, el primero de los cuales hizo parte, por derecho propio, como socio fundador de esta Academia departamental.

En septiembre de 1903, la Academia Nacional de Historia y Antigüedades consintió en ampliar de tres a siete<sup>3</sup> el número de miembros correspondientes por Antioquia. En esta oportunidad los nombramientos recayeron en Fernando Vélez, Estanislao Gómez Barrientos, Alejandro Barrientos y en el homenajeado de esta tarde-noche, don José María Mesa Jaramillo. Don Ramón Correa, previendo la facultad que otorgaba la Resolución 115, en cuanto a establecer en los departamentos otros centros de la misma índole, solicitó autorización para conformar la respectiva Academia en Antioquia, propuesta que recibió el beneplácito de la Nacional, lo que la convirtió en la primera y más antigua de las academias departamentales de Historia en Colombia.

Esta Academia se instaló el 3 de diciembre de 1903, a las dos de la tarde, en la casa de habitación de don Manuel Uribe Ángel, en pleno centro de Medellín. Ese día, en esa reunión, se convino definir el cuerpo directivo de la naciente corporación. Resultaron electos Manuel Uribe Ángel como presidente y José María Mesa Jaramillo como secretario, cargo este último que tenía la connotación de perpetuo. Estos nombres fueron también ratificados por el Decreto 360 del 2 de marzo de 1904, proferido por el gobernador Clodomiro Ramírez, mediante el cual se creó oficialmente la institución con el nombre de Academia de Historia, Geografía y Arqueología de Antioquia, formalismo exigido por el Ministerio.

Vale la pena detenernos ligeramente en la institución del secretario perpetuo. El Diccionario de la lengua española define el término perpetuo con respecto a un cargo, como aquel que se desempeña de manera vitalicia, sin que se someta a nuevas elecciones, lo que traduce, en términos prácticos, ejercer sus funciones hasta la fecha de fallecimiento o dimisión.

La figura del secretario perpetuo no fue extraña al mundo de las academias. La Academia Francesa, encargada de los asuntos de esa lengua, fundada en 1635 por el cardenal Richelieu, bajo el reinado de Luis XIII, mantuvo desde sus orígenes el cargo de secretario perpetuo. Igual sucedió con la Real Academia

---

3 Así las cosas, la Academia Antioqueña de Historia quedó conformada por ocho miembros fundadores: los siete correspondientes cuyos nombres fueron aprobados por la Academia Nacional, y don Tulio Ospina, en su calidad de miembro de número, con presencia activa en la academia filial.

Española, creada en 1713 por Felipe V, y con la Real Academia de Historia<sup>4</sup>, fundada en 1738 por el mismo rey. Por su parte, la Academia Colombiana de Historia, creada en 1902, también asumió en la organización administrativa la perpetuidad para quien resultara elegido secretario, y por cuanto la Academia Antioqueña de Historia se fundó como una filial de aquella, asumió la misma estructura. Tres secretarios perpetuos tuvo nuestra Academia a lo largo de la historia: don José María Mesa Jaramillo, don Carlos Molina Vélez y don Luis Sierra Hurtado. Luego del fallecimiento de este último la figura perdió la investidura de vitalicia y se transformó en un cargo directivo de periodo fijo pero, en la actualidad, muchas academias conservan aún la figura del secretario perpetuo, como entre nosotros, la Academia Nacional de Medicina, fundada en 1873.

En su calidad de secretario perpetuo, correspondía a don José María Mesa Jaramillo, con pulcra caligrafía inglesa, llevar el libro de actas y extender la correspondencia. La primera de todas las actas corresponde a la de instalación de esta Academia, y tiene el enorme significado de constituir su partida fundacional.

De ella debo advertir que no corresponde al texto original la segunda línea que presenta el documento conservado por nuestra corporación. Salta a la vista que ni los rasgos caligráficos ni la tinta corresponden a la del secretario perpetuo. Esa segunda línea, que expresa “3 de diciembre de 1903”, la insertó alguien, aprovechando el espacio dejado por el amanuense entre el título y el cuerpo del texto. Otra mano la puso allí. Sin mucho esfuerzo podemos adivinar la razón: la fecha de fundación o constitución de esta Academia empezó a ser piedra de confusión porque si bien el acta reza que fue el tres de diciembre a los de la tarde, al armar la caja de tipos del primer Repertorio Histórico, donde se reprodujo textualmente, el tipógrafo tuvo un lapsus cáلامي y escribió “dos de diciembre” y para adobarlo mejor, el Boletín de Historia y Antigüedades de la Academia Nacional, al reportar la creación de su filial en este Departamento, anunció que había tenido lugar el día 4 de diciembre, porque asumió que ello aconteció en la fecha cuando don José

---

4 Los secretarios perpetuos tuvieron origen estatutario, pero entre las razones para mantenerse a lo largo del tiempo en muchas academias se cuenta: 1) que los miembros numerarios eran muy pocos y se tornaba difícil encontrar de entre estos candidatos que lo ejercieran con entera disposición, buena ortografía y mejor caligrafía y 2) que ejercer tal condición tuvo visos de un cargo muy honorífico.

María transmitió el acta vía telegráfica, acta que tuvo unas ligeras variaciones con respecto a la original.

También se debe al esmero de don José María por la buena marcha de la institución, la propuesta presentada el 9 de noviembre de 1904 para modificar el artículo segundo del primigenio reglamento institucional, para ampliar de veinte a veinticuatro la composición de los miembros de número, reforma aprobada por unanimidad, tras lo cual ingresaron a esa categoría, directamente, es decir, sin ser recibidos antes como miembros correspondientes, Bartolomé Restrepo Ochoa, Carlos E. Restrepo, Eusebio Robledo Correa y Juan Bautista Montoya y Flórez<sup>5</sup>.

Acéptese en este momento disgregarme del tema para hacer una precisión importante: muchos de los personajes que ocuparon como primeros titulares los veinticuatro sillones estatutarios, por ejemplo, Manuel Uribe Ángel, Tulio Ospina, Álvaro Restrepo Euse, Estanislao Gómez Barrientos, José María Mesa Jaramillo, Carlos E. Restrepo, Eusebio Robledo, Juan Bautista Montoya y Flórez, Fidel Cano, Clodomiro Ramírez y Eduardo Zuleta, entre otros-, tenían vínculos directos como docentes o directivos de la Alma máter, lo que permite comprender los estrechos lazos de cercanía que durante todo el tiempo ha unido a la Universidad de Antioquia y a la Academia Antioqueña de Historia. Muchos de ellos fueron profesores de Historia en aquellos claustros y, quien no, la cultivaban con pasión.

Llegado a este punto se hace necesario conocer, así sea tangencialmente, una semblanza del secretario Mesa Jaramillo, quien ocupó el séptimo de los ocho sillones fundadores, y retomaremos luego otras facetas de su quehacer en la historia de esta Academia.

Don José María Mesa Jaramillo nació en el paraje El Palmar, del municipio de Envigado, el 5 de febrero de 1862, en el hogar formado por José María Mesa Ruiz y Martina Jaramillo Velilla. De muy corta edad quedó huérfano de madre, por lo que su abuelo materno, Juan Ignacio Jaramillo, se encargó personalmente de su educación.

El niño José María logró tan satisfactorio adelanto que, desde la temprana edad de doce años, para procurar recursos -ante el revés económico sufrido

---

5 Acta de la Academia Antioqueña de Historia del 9 de noviembre de 1904.

por la enfermedad de su padre-, estableció en su propia casa una escuela en donde enseñaba a una docena de paisanos, y con esas utilidades procuraba los gastos para atender la asistencia en salud de su progenitor.

Con 18 años de edad, al mismo tiempo que adelantaba sus estudios en el Colegio Santa Gertrudis de Envigado -fundado por el Pbro. Jesús María Mejía-, se desempeñaba como profesor de Castellano y Geografía de la misma institución, semilla temprana de su amor por la educación, tarea en la que fue compañero de cátedra del gran humanista y también filólogo, don Marco Fidel Suarez.

Posteriormente viajó a Bogotá y se matriculó en el Colegio Mayor del Nuestra Señora del Rosario. Allí se graduó de pedagogo, se radicó algún tiempo en Piedecuesta, Santander, donde ejerció como docente. Más tarde viajó a Venezuela para acercarse a la vida del libertador Simón Bolívar, a quien admiraba con fervor. Luego pasó a México. Por entonces estalló la guerra civil de 1885, se enroló en las filas del ejército conservador, del ala gobiernista, participó con arrojo en la batalla de la Humareda, que tuvo lugar en El Banco, Magdalena, por cuyo desempeño fue ascendido a coronel, rango del cual nunca tramitó su reconocimiento. Viajó también al Perú, para conocer los campos de Ayacucho, altar sagrado de la emancipación americana, y estudió -como el que más- las civilizaciones antiguas, especialmente Egipto, Grecia y Roma.

Promulgada la Constitución de 1886 abandonó las filas militares y se hizo de nuevo a la docencia. Laboró un año en la escuela de Concordia y luego en la escuela del municipio de Caldas, labor esta última que abandonó para atender el llamado hecho por el gobernador Marceliano Vélez para fungir como Jefe de la Oficina de Estadística del Departamento. En 1892, el gobernador Abraham García lo nombró director del Archivo Departamental, cargo que ocupó hasta su óbito y que, desde febrero de 1903, alternaba con el de profesor de Historia Patria e Historia Universal en la escuela de Filosofía de la Universidad de Antioquia, institución de la cual también fue parte integrante del Consejo Directivo.

Siete actividades intelectuales lo definieron ante la sociedad: pedagogo, filólogo, geógrafo, paleógrafo, historiógrafo, poeta, y genealogista; y siete rasgos caracterizaron su personalidad: Hombre modesto, ciudadano recto, sabio en el consejo, de memoria prodigiosa, parco al hablar, de palabra elocuente

y demasiado crítico de sí mismo, al punto de convertirse en el peor censor de sus escritos, razón por la cual, muchos de ellos no vieron la luz pública, y por razón de esa modestia, muchos de sus artículos salieron publicados sin dar crédito de su autoría. Tal es el caso de sus asiduas colaboraciones en el periódico *Colombia*, fundado en Medellín por don Alejandro Cárdenas, el cual circuló entre 1906 y 1909, en donde ninguno de sus artículos fue firmado.

Como escritor era castizo, de letra elegante y clara. Pulía y repulía sus escritos, cuidaba estrictamente de la semántica en cada frase y cada texto, se preocupaba por emplear el término preciso en el exigente mundo del correlato que debe existir entre significante y significado. Para reconocer su mérito como escritor basta decir que fue felicitado en vida por Rufino José Cuervo.

No en vano, tras la muerte del presidente-fundador Manuel Uribe Ángel -eminentísimo médico, respetado y admirado por doquier, quien al asumir las riendas de esta institución estaba anciano, ciego y enfermo y a quien la existencia le prestó pocos días para dirigirla: tan solo seis meses y medio-, la Academia lo comisionó, en asocio con el gobernador Clodomiro Ramírez, para redactar en su nombre la nota de condolencia con destino a la señora Magdalena Urreta Saldarriaga, viuda del doctor Uribe Ángel<sup>6</sup>.

En sus años mozos cultivó el canto, la declamación, interpretó la trompeta y sembró flores con extremada delicadeza. Cuando ejerció la cátedra universitaria dedicaba horas, por su propio deleite, a brindar cuidado a los jardines del claustro y mantenerlos con esmerado arreglo. Esta última habilidad tuvo peso suficiente para que la Academia lo designara y facultara para disponer lo necesario en la construcción de la corona de flores que adornó el catafalco de Uribe Ángel<sup>7</sup>.

En el filón de la Historia, la cultivaba como arte y como ciencia. Defendía la aplicación del método científico en su estudio y la necesidad de la Filosofía tanto para el razonamiento sereno frente al cúmulo de información, como para evitar erradas y confusas conclusiones. Era amigo del dato curioso, desconocido y trascendente, los que revelaba como perlas finamente engastadas en el conocimiento. Su autoridad en este campo le permitió enderezar

---

6 Acta de la Academia Antioqueña de Historia del 16 de junio de 1904.

7 *Ibídem*.



muchos conceptos equivocados transmitidos como hechos ciertos por distinguidos historiógrafos.

Contrajo nupcias con María Josefa Mesa Correa, de cuya unión hubo cuatro hijos. Blanca, Luis, Juan Crisóstomo y Manuel José Mesa Mesa. Por línea paterna don José María era quinto nieto de don Antonio de Mesa Villavicencio, hidalgo español que, radicado hacia 1640 en Santa Fe de Antioquia, fue el fundador de su apellido en esta provincia; y por línea materna descendía, en la séptima generación, del extremeño Alonso Jaramillo de Andrade, fundador de este apellido en nuestro medio.

Falleció en Medellín, a la temprana edad de 56 años, en su finca campestre ubicada en actual barrio El Poblado, a donde había trasladado su residencia de Envigado para efectos de llegar muy cumplido a sus ocupaciones oficiales. Una crónica afección cardíaca apagó su vida al medio día del 10 de julio de 1918 y sus exequias se efectuaron al día siguiente, a las 9 de la mañana, en su natal parroquia de Santa Gertrudis.

Sus honras fúnebres fueron presenciadas por una nutrida concurrencia. Los anales de la historia registran el desplazamiento de un tren expreso que partió de la estación del Ferrocarril de Amagá con destino a Envigado, transportando a sus discípulos y admiradores. El Dr. Miguel María Calle, rector de la Universidad de Antioquia, y el Dr. Tomás Cadavid Restrepo, uno de sus mejores biógrafos, entre otras personalidades, pronunciaron sentidos discursos.

Para honrar su memoria, la Universidad de Antioquia, en el aula máxima del Paraninfo, entronizó su retrato en ceremonia especial que tuvo lugar a las 8 de la mañana del 7 de septiembre de 1918, colmado por estudiantes del claustro universitario y del Liceo Antioqueño, el rector, los decanos, profesores, representantes de las diferentes profesiones, las autoridades civiles, militares y la animación marcial de la banda del regimiento Girardot. Se llegó incluso a proponer la erección de un busto suyo en los jardines a los que con tanta diligencia atendió.

Por su parte, la Academia Antioqueña de Historia contrató un retrato con el célebre artista Francisco Antonio Cano, ejecutado en 1919 en óleo sobre lienzo, para engalanar la galería de fundadores y dedicó la edición correspondiente

a los números 9 al 11, del segundo año del *Repertorio Histórico*, fechado en septiembre de 1918, a su corona fúnebre, donde se recopiló buena parte de los escritos que deploraron su fallecimiento, entresacados de notas de estilo emitidas por lo más granado de la intelectualidad, sus discípulos, amigos y las instituciones -incluido el Congreso de la República, la Gobernación de Antioquia e importantes establecimientos educativos-, amén de las notas publicadas en periódicos como *El Espectador*, *El Sol*, *Colombia*, *El Tiempo*, *El Colombiano*, *El Correo Liberal*, *El Estímulo* y en revistas como, *Ariel*, *A.B.C.*, *La Buena Prensa*, *Preludios*, *Los Estudios*, *La Familia Cristiana*, *El Amigo de la ciencia*, *Revista Departamental de Instrucción Pública* y *La Opinión* (de Riosucio, Caldas)<sup>8</sup>.

Plumas muy autorizadas lo retrataron con encomiásticas expresiones. De él dijo Gabriel Arango Mejía en su clásica obra “Genealogías de Antioquia y Caldas”<sup>9</sup> que era “Ilustre historiógrafo y simpático escritor antioqueño”. Julio César García<sup>10</sup> lo definió como “Profesor de costumbres y de ciencias, con ese carácter uno y firme, ‘antes a quebrar que a torcer’, (...) mecenas de la juventud”. Don Joaquín Emilio Jaramillo<sup>11</sup> lo caracterizó como “Amante decidido de la Historia (...), gustaba de irse tras la complicada trabazón de un árbol genealógico (...), amó los mamotretos incunables y fervoroso apasionado de la musa y la trompeta (...), grabó el poema histórico -en cláusulas concatenadas y robustas- de esta Villa de Nuestra Señora de la Candelaria de Aná”.

---

8 También para conmemorar el primer centenario de su muerte la Academia Antioqueña de Historia le dedicó el *Repertorio* en su edición correspondiente al número 192, de agosto de 2018. En su portada apareció el retrato a todo color de don José María Mesa Jaramillo; el “Editorial”, suscrito por el presidente Orestes Zuluaga Salazar, destacó el papel protagónico de don José María en la vida de la institución; se reprodujo la “Reseña histórica de la ciudad de Medellín”, artículo originalmente publicado en el *Repertorio Histórico* de diciembre de 1925, y su nieto, el Dr. Juan Fernando Mesa Villa, evocó los rasgos íntimos y familiares de “Papá Mesa”, como lo reconocen sus descendientes.

9 Arango Mejía Gabriel: *Genealogías de Antioquia y Caldas*. Litoarte, Medellín, cuarta edición, pág. 74.

10 García, Julio César: *José María Mesa Jaramillo*. *El Colombiano*, N°. 1450. EN *Repertorio Histórico*, año 2 (9-11), Medellín, septiembre de 1918, pág. 355.

11 Jaramillo, Joaquín Emilio: *José María Mesa Jaramillo*. *Repertorio Histórico*, año 2 (9-11), Medellín, septiembre de 1918, pág. 362.

Tomás Cadavid Restrepo<sup>12</sup> lo dibujó como educador con la siguiente referencia: “En la cátedra (...) era para verlo y oírlo, no para contarlo (...). El maestro difundía luz, cobijaba a sus hijos espirituales (...), amaba a sus estudiantes, era su mejor amigo, y cuando era el caso, su más severo padre (...). Sus discípulos le amaban sin temerle, le obedecían si reproche”.

Horacio Franco<sup>13</sup>, su discípulo, es quien mejor nos presenta a José María Mesa Jaramillo como profesor. Con su pluma es capaz de llevarnos hoy -a la distancia de cien años-, a introducirnos al aula de clase, a sentir la presencia del maestro envigadeño, a escuchar su voz, su elocuencia, apreciar sus ademanes y disfrutar las chispeantes, fogosas y donosas frases que Mesa Jaramillo mantenía a flor de labios y con las cuales cautivaba a su público. Franco nos recuerda, por ejemplo, la siguiente anécdota de alto quilataje en la ironía, refiriéndose a uno de los virreyes más despiadados: “El general Sámano, en quien los peninsulares habían puesto todas sus esperanzas, era sencillamente, señores, una gran chucha”.

Aquel periodista yarumaleño aseguró que oír la plática de José María Mesa Jaramillo sobre Bolívar era toda una epopeya: “El profesor se transfigura, se crece; su cabello ensortijado y abundante, semiplateado, se agita; su frente amplia se ilumina; acciona con un lápiz; empieza (...) nadie se mueve en la clase: todos escuchan. Se hace la apoteosis del héroe y don José María oficia de pontifical, es una misa de sangre y de gloria. Relampaguean los ojos y se entristecen: En inquietante peregrinación a través de los fastos ha llegado el maestro al ocaso de la vida del héroe; estamos en San Pedro Alejandrino: da la una de la tarde del 17 de diciembre de 1830, y las palabras del expositor son una salmodia fúnebre... ‘ha muerto el padre de la patria’. Los estudiantes no se mueven: la impresión es solemne, honda, es una impresión de osario; el silencio es medroso, infunde espanto; ‘Todo está consumado’, el maestro se levanta: ‘Hasta mañana, muchachos’ y los estudiantes desfilan por los amplios corredores, agitados por la solemne evocación histórica...”.

---

12 Cadavid Restrepo, Tomás: *D. José María Mesa Jaramillo -Homenaje de gratitud-*. Revista *Los Estudios*, No.8 EN *Repertorio Histórico*, año 2 (9-11), Medellín, septiembre de 1918, pág. 369.

13 Franco, Horacio: *José María Mesa Jaramillo*. *El Espectador*, No. 2.485 EN *Repertorio Histórico*, año 2 (9-11), Medellín, septiembre de 1918, pág. 339-340.

También Horacio Franco completó su retrato físico y psicológico con expresivas pinceladas en la sección “Hombres y Estampas” de su obra *Un testimonio y un mensaje*<sup>14</sup>: “la cabeza enorme, colocada sobre un cuerpo robusto, de andar cansado... su cara congestionada denuncia su vieja dolencia cardiaca... su voz llena y vibrante se ensancha y os cautiva... todo el que lo conoce lo ama... su franqueza campechana y sonriente lejos de herir, agrada; sobre los defectos de los hombres tiende un velo de compasión y exalta sus virtudes... su estilo es cortado, vibrante y sonoro....”

José María Mesa Jaramillo nos dejó abundantes ensayos pero mucha de su producción, como ya anotamos, pasa desapercibida porque la publicó sin su rúbrica. De su cosecha intelectual es el libro “Minas de Antioquia”, un catálogo ilustrado de los títulos otorgados en el periodo de 161 años transcurridos entre 1739 y 1900, publicado en Medellín, en 1906, por la imprenta oficial, ampliamente elogiado por don Tulio Ospina. Es el fruto de una paciente, exhaustiva, sistemática y prolongada investigación mientras ejercía el cargo de director del Archivo Departamental. De esa edición príncipe se conocen hoy un par de ejemplares, pero es tal la importancia de este texto en la memoria cultural y económica de Antioquia, que se le considera un antecedente de tanta valía como la producción dejada por la comisión corográfica; como la “Geografía física y política de la Confederación Granadina,” de Carlos Segismundo de Greiff; y como la “Geografía General y Compendio Histórico del Estado de Antioquia en Colombia”, de Manuel Uribe Ángel, entre otras. La obra fue reeditada por “Expedición Antioquia 2013”, un programa de investigación científica y académica al cual se vincularon diez universidades del Área Metropolitana del Valle de Aburrá<sup>15</sup>.

---

14 Editorial Granamérica, Medellín, 10 de septiembre de 1963, págs. 71-73

15 Ministerio de Educación Nacional de Colombia: Expedición Antioquia 2013. Disponible en: <https://www.mineduccion.gov.co/cvn/1665/w3-article-186017.html>, Consultado el 12 de agosto de 2018.

Los diez centros de educación superior fueron: Instituto Tecnológico Metropolitano, Universidad de Antioquia, Universidad Pontificia Bolivariana, EAFIT, Universidad de Medellín, Escuela de Ingeniería de Antioquia, Universidad CES, Universidad Nacional, Corporación Universitaria Lasallista y la Corporación Universitaria Remington (Esta última lideró la edición de obra en referencia). Se sumaron, además, el Instituto Geográfico Agustín Codazzi, el Instituto Von Humboldt y Corantioquia.

Al morir tenía en preparación un libro sobre los primitivos pobladores de Antioquia y dejó también un libro inédito de genealogía, del cual sería bueno conocer si los descendientes lo conservan o dónde fue a parar, pues constituye una obra que representa una de sus aficiones portentosas y nos ayuda a hermanarnos al escudriñar nuestras raíces.

Revistas como Alpha, La Miscelánea, Instrucción Pública Antioqueña, Repertorio Histórico y periódicos como Colombia y El Colombiano, publicaron muchos de sus artículos y ensayos, entre los que se destacan sendas Reseñas históricas: una sobre la fundación de Medellín y otra sobre la Universidad de Antioquia<sup>16</sup>; ensayos biográficos y genealógicos como El padre y la casa de Girardot; Manuel Antolínez, Bartolomé Restrepo, Manuel Uribe Ángel, Alejandro Vásquez, Alejandro Vélez, José Miguel de la Calle, Ascendientes del historiador Restrepo. Además, el libro del Censo Nacional de 1912 así como el libro Colombia, publicado por el ministerio de Relaciones Exteriores para difundir la historia e imagen de nuestro país, insertaron textos de José María Mesa, lo que da una idea del aprecio nacional por sus conceptos en la materia.

Como piezas oratorias se conservan, entre otras, el discurso pronunciado en honor a José María Córdova el 8 de septiembre de 1899, en nombre de las academias de Historia Nacional y de Antioquia, durante la inauguración del monumento al héroe de Ayacucho en la plaza principal del municipio de Concepción; la alocución pronunciada en el acto de inauguración de la luz eléctrica en Envigado; y las palabras pronunciadas en la recepción que, en 1906, el gobierno de Antioquia tributó al arzobispo Manuel José Caycedo con motivo de su traslado de la Diócesis de Popayán y su posesión en la Arquidiócesis de Medellín.

Especial mención merece el Repertorio Histórico, órgano oficial de la Academia Antioqueña de Historia, no solo porque en él publicó una sección denominada Retos Históricos destinada a enderezar los errores que reconocidos historiadores recogían, acumulaban y difundían en sus publicaciones, sino también porque don José María Mesa Jaramillo fue el alma y nervio de esa publicación, como quiera que por sus dotes de purista del idioma castellano, por sus conocimientos de versado historiógrafo y en acatamiento del artículo

---

16 Por el trabajo histórico sobre la Universidad de Antioquia se le ha considerado el primero en historiar sobre la *alma máter* de los antioqueños.

13 del primigenio estatuto interno, la Academia lo nombró, el 9 de noviembre de 1904, director y miembro del Consejo de redacción y censura de la futura publicación, consejo que integraría por derecho propio el secretario y dos socios más, que lo fueron don Juanuario Henao y don Sebastián Hoyos<sup>17</sup>. Así consta el respectivo crédito de directores en los cuatro primeros números editados, que circularon entre enero y julio de 1905.

El discurso de la primera sesión solemne echado al viento por don Tulio Ospina y recogido en la primera edición del Repertorio Histórico, así como la sección de Retoques Históricos, cayeron como lenguas de fuego en la sensibilidad del consocio Álvaro Restrepo Euse quien, por aquellas calendas, recién había publicado el libro *Historia de Antioquia*, el segundo en su género en nuestro medio<sup>18</sup>, señalado por los críticos de estar plagado de graves imprecisiones, lo que produjo un sonado debate intelectual que puso en peligro no solo la vida de la recién fundada Academia, sino la vida misma de El Repertorio. Esto explica por qué la publicación oficial de la Academia dejó de aparecer luego de la edición de julio de 1905 hasta su reanudación en agosto de 1913, momento en el cual don José María se echó al hombro la responsabilidad exclusiva de su edición y así lo mantuvo vigente cuatro ediciones más, hasta junio de 1914, con un selecto material que reprodujo información privilegiada sobre la Independencia de Antioquia, con motivo de la conmemoración del primer centenario. La publicación suspendió su tiraje por las crisis económicas del momento, pero a falta de El Repertorio Histórico, bueno fue el periódico *El Colombiano*, que sirvió -hacia la segunda década de 1900- como espacio para que los Retoques vieran la luz pública. El boletín de la Academia reapareció en septiembre de 1918, ya bajo la dirección de don Tulio Ospina, para rendir homenaje al editor, fallecido dos meses atrás.

En los primeros cuatro números de El Repertorio, como se viene de comentar, las glosas se centraron en reparar información y conceptos sobre las culturas primigenias. En la edición número 1, Mesa Jaramillo hizo un documentado estudio crítico, histórico y etimológico de por qué el nombre correcto para la leyenda dorada de nuestros indígenas era Dabaibe y no Dobaibe como

---

17 Acta de la Academia Antioqueña de Historia del 9 de noviembre de 1904.

18 El primer libro monográfico publicado sobre Antioquia fue el de Uribe Ángel, título ya referido atrás, editado en París, en 1885, en la imprenta de Víctor Goupy y Jourdan.

hacia eco el texto de Restrepo Euse; en el número 4 retomó la obra del mismo escritor, para pasar documentada revista sobre los muchos errores respecto del territorio indígena de Guaca. Los Retoques lo aquilataron como historiador serio, de conocimiento enciclopédico.

Esta lid intelectual no fue, de ninguna manera, una afrenta movida por pasiones personales. Nada más inexacto sería pensar que las glosas de Mesa Jaramillo eran por solidaridad con Tulio Ospina quien había hecho trizas la obra de Restrepo Euse, y éste último ya había respondido con ataques a través de medios de amplia circulación como el periódico *La Organización*, lo que trasladó la disputa de los círculos intelectuales a los estratos populares. Lo que realmente preocupaba a Mesa Jaramillo era la divulgación de una historia sin bases ciertas. Así lo motiva en la siguiente introducción:

“Nuestra afición a los estudios históricos, especialmente a los que tienen relación con las hermosas montañas que forman nuestro suelo natal (...) nos movieron a emprender ávidamente la lectura [del libro de Álvaro Restrepo Euse], en el curso de la cual encontramos errores cuya rectificación no acometimos inmediatamente, por temor a las desazones que algunas veces acarrearán trabajos semejantes; pero hoy cuando el autor, al defender algunos de aquellos en los artículos que ha venido publicando contra el Presidente de la Academia Antioqueña de Historia, incurre en otros nuevos, empezamos la tarea.

No es el pesar del bien ajeno, como alguien pudiera suponer, lo que mueve nuestra pluma: es algo más noble; es el deber de ayudar a la formación de nuestra embrionaria y maltratada historia, que debe ser espejo de enseñanzas inmaculadas donde se refleje la verdad, sin los ropajes ficticios de la novela enervante. (Subrayas intencionales).

Es muy común en los que se dedican a despejar incógnitas historiales, a desembrollar el embolismo de crónicas envejecidas, o a esclarecer tradiciones ya estrujadas por el tiempo, el llenar los vacíos que encuentran a su paso con invenciones de su propio caletre, contando con la impunidad emanada de la ignorancia de las gentes”<sup>19</sup>.

Prueba irrefutable de su único interés por “ayudar a la formación de nuestra embrionaria y maltratada historia (...) sin los ropajes ficticios de la novela” refulge cuando encontramos que el docto secretario perpetuo de la Academia efectuó correcciones a muchos historiógrafos. Por ejemplo, en el tercer número de *El Repertorio Histórico* acometió tarea similar con respecto al Boceto biográfico de D. Alejandro Vélez, publicada por Soledad Acosta de

---

19 Mesa Jaramillo, José María: *Retoques Históricos*. *Repertorio Histórico*, No. 1, enero de 1905. Pág. 17.

Samper en el número 23 del Boletín de Historia y Antigüedades, de la Academia Nacional de Historia. De igual modo, Eduardo Zuleta da crédito en pie de página, en su artículo Movimientos antiesclavistas en Antioquia, de correcciones que anota Mesa Jaramillo a imprecisiones de otros autores, lo que nos lleva a concluir se trataba de una imponderable lección que un siglo después de su fallecimiento sigue más vigente que nunca: la historia requiere documentarse y estudiarse críticamente, sin sesgo alguno, sin llenar con amañados los vacíos, de manera que el autor se convierta en un juez de los hechos y de las circunstancias que dan cuenta de la vida de los hombres y de los pueblos.

Para cerrar esta disertación, y a manera casi anecdótica, permítaseme ampliar un poco la afirmación hecha atrás sobre que la cuestión intelectual entre Restrepo Euse, de un lado, y Ospina Vásquez y Mesa Jaramillo, del otro, puso en riesgo la vida de la recién fundada Academia Antioqueña de Historia.

Como resulta lógico de entender, en las posiciones académicas y científicas las personas se alinean a favor de uno u otro criterio o se desesperanzan al quedar inmersos en una zona de penumbra: ni a favor de uno ni de otro. Esto se evidenció en la marcada inasistencia a las sesiones de la naciente institución, la que pronto entró en un receso absoluto que duró casi 13 años, entre el 18 de octubre de 1905 y el 2 de septiembre de 1918.

Tal divergencia se veía venir, pues las críticas a la obra de Restrepo Euse se habían planteado desde antes de la impresión sin que el autor acometiera el menor esfuerzo por corregir las inexactitudes. El acta de instalación da cuenta de que ni Tulio Ospina ni Álvaro Restrepo Euse asistieron. Se excusaron previamente. Permite ello suponer que ambos prefirieron evadir el encuentro. Además, Restrepo Euse no asistió a ninguna de las sesiones, a pesar de estar nombrado como miembro correspondiente por la Academia Nacional. Ello le daba derecho a ser catalogado como miembro fundador de la Academia de Antioquia, y como tal se le respetó la nominación en el sillón tres. Cuando se facultó ampliar los sillones de número de ocho a veinte, en vez de nombrar 12 personas, se nominaron 13<sup>20</sup>, es decir, se quiso “mantener” y a la vez reemplazar al socio Restrepo Euse. Por tal motivo, en realidad los miembros numerarios ascendieron a 21.

---

20 Acta de la Academia Antioqueña de Historia, 14 de diciembre de 1903.



Aunque el debate mojó prensa, todo discurrió como una discusión tan profesional, que cuando la Academia programó para el 18 de octubre de 1905 la realización de la segunda sesión solemne, dedicada a conmemorar el primer centenario del nacimiento de don Mariano Ospina Rodríguez, expresidente de la República y padre de don Tulio Ospina, la Academia Nacional delegó su representación en Restrepo Euse a quien solicitó pronunciar el discurso de rigor.

Ante semejante encrucijada, don Álvaro Restrepo -quien sabía que para algo se habían inventado las disculpas-, remitió dos días antes de la fastuosa conmemoración un telegrama al Dr. Eduardo Posada, presidente de la Academia Nacional, que rezaba: “Calamidad doméstica impídeme concurrir centenario Ospina. Agradezco honor”.

Don José María Mesa Jaramillo, cien años después de su deceso, representa al hombre sensato, al historiador que asumió el reto de estudiar los hechos de los pueblos siguiendo con rigor el método científico, tomándolo de la Filosofía -de la escuela en la que como educador se formó y como educador replicó en varias generaciones- para convertirla en disciplina investigativa de los problemas y preocupaciones del género humano. Representa junto con Uribe Ángel y Ospina Vásquez, una de las columnas graníticas que dieron vida a esta magna institución; representa el soporte vital de una de las publicaciones seriadas más antiguas y respetadas de nuestro departamento. Representa al hombre de quien -aún hoy-, podemos aprender cómo se discuten y controvierten en estos cenáculos las posiciones antagónicas que suelen sostenerse entre diferentes autores, invitando a mantener integra la dignidad humana del contrincante y la discusión serena de las controversias. Representa al hombre docto, que argumenta soportando su aparato crítico con autorizadas fuentes documentales; al profesional que entiende que la historia es la biografía de una sociedad y que por ello debe estudiarse y escribirse asumiendo una postura como juez de los hechos, tal como fueron, tal como repercuten, tal como pueden entenderse, valorarse y probarse.

Muchas gracias.